

ACTAS

ACTAS

ACTAS

PRIMER
CONGRESO
DE HISTORIA
DE ZAMORA

TOMO 4

MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

PRIMER CONGRESO DE HISTORIA
DE ZAMORA

PRIMER CONGRESO DE HISTORIA
DE ZAMORA

TOMO IV

MODERNA
Y
CONTEMPORANEA

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS «FLORIAN DE OCAMPO»
DIPUTACION DE ZAMORA
CAJA SALAMANCA Y SORIA

1993

ISBN: 84-86873-13-4. Obra Completa

ISBN: 84-86873-23-1. Tomo IV

Depósito Legal: S. 733-1989

Realiza:

HERGAR fotocomposición láser, s.l.

Papin, 13. Teléf. 25 90 90. Fax 25 90 64

37007 Salamanca

CONTEMPORANEA

COMUNICACIONES

Valor de la monografía

Carlos Domínguez Herrero

«Una historia verdaderamente total se neutralizaría a sí misma: su producto sería igual a cero»

C. Levi-Strauss

Un Congreso de historia local o regional está casi obligado a tratar temas monográficos. Quizá por esta razón, en unos momentos en que el historiador contempla desconcertado la lenta devaluación de su disciplina, resulte conveniente precisar cuál es el espacio de la monografía en el ámbito del saber histórico. De alguna manera, también ello contribuirá a la eficacia de la labor que ahora nos ocupa.

I. EL «HISTORIAR» Y SUS MODOS

En contra de lo que pudiera parecer, ya que a la historia como a toda disciplina se le exigen ciertos requisitos para su homologación científica —el primero de ellos la unidad de método—, no hay *un solo modo de hacer la Historia*. Naturalmente «hacer la historia» es una expresión que no ha de entenderse en su mera acepción empirista: desarrollo, curso, movimiento dirigido intencionalmente por la voluntad racional de un Sujeto. Si desechamos un empirismo que con toda razón no es para Althusser sino la doble cara del historicismo, en cuanto «proceso sin sujeto ni fines» hacer la historia significa aquí materializar, objetivar, producir lo histórico de la única forma posible: como objeto abstracto de conocimiento que no es ya el «reflejo especular» de una realidad «existente en sentido fuerte»¹. Tal como sabe un historiador mediatizado por las lagunas de las fuentes, para él lo único real, y desgraciadamente «real» en sentido fuerte, es que el pasado, designado a priori y arbitrariamente como *su* objeto, en el mejor de los casos no es más que una realidad ausente. Lejano e inactual, su contenido sólo se nos ofrece como presencia —recuerdo— parcial e incompleta. Y así, puesto que lo histórico en su ausencia escapa a la observación (privilegio éste siempre envidiado a las ciencias físicas), será necesario aceptar que únicamente puede ser

1. Pese a su decidido embate contra el empirismo, el propio Althusser no ha podido desprenderse de ciertas adherencias tanto empiristas como historicistas. Desde sus propuestas iniciales, básicamente teóricas y epistemológicas, ha evolucionado hacia posiciones mucho más matizadas, en las que sí hay un lugar para una ciencia y una filosofía marxistas inequívocamente comprometidas con la acción política. Ver al respecto ALTHUSSER, L. y BALIBAR, E. «Para leer El Capital», Méjico, 1974; ALTHUSSER, L.: «La filosofía como arma de la revolución», Méjico, 1976, y ALTHUSEER, L. Y OTROS «Filosofía y lucha de clases», Madrid 1980.

conocido como objeto «inmaterial» que, rememorado, imaginado o figurado, nosotros producimos como una «débil» unidad de sentido.

Indudablemente, es ésta una afirmación que no dejará de sorprender a un historiador acostumbrado a cultivar sus prejuicios realistas. Sin embargo, cuando utilizando la terminología de Khun la historia se ha quedado ya sin *paradigma*, asumir este punto de vista, radical por cuanto afecta a la raíz o sustrato epistemológico de la historia y del conjunto de las ciencias humanas, es el único camino para devolverles un mínimo de su positividad. Propósito difícil, que evidentemente no pasa hoy por discutir sobre la objetividad de un método o la legitimidad de un compromiso ideológico. A diferencia de lo que se ha intentado una y otra vez, la posibilidad de restaurar la historia en su condición de saber positivo sólo depende de la capacidad del historiador para perfilar, a través de prácticas y experiencias alternativas, lo que vamos a llamar aquí nuevos modos de hacer/producir la historia.

Ignorando la llamada de atención que en su día ya hiciera Levi-Strauss en esas memorables páginas con que concluye «La Pensée...»², el historiador jamás se ha propuesto seriamente la tarea de repensar la historia. Salvo casos aislados, como el de un Weber que pagó su audacia intelectual con el desprecio tanto del marxismo como de la sociología anglosajona, nadie se ha aventurado a tocar los problemas de fondo. Dejando a un lado trivialidades como las discusiones entre positivistas y marxistas acerca de la objetividad del método, ahí quedan cuestiones tan «insignificantes» como las relativas a la naturaleza del objeto, a la especificidad del conocimiento histórico o a la posibilidad de una investigación no empírica basada en modelos abstractos —sin ir más lejos, los «juicios de posibilidad» del mismo Weber. Esta resistencia del historiador, que a menudo nace de cortos intereses gremiales cuando no de una suspicacia exagerada hacia la palabra epistemología, como era de esperar ha tenido sus consecuencias. En primer lugar, la de instaurar la absoluta dominancia de un solo modo de hacer la historia. Se trata de aquel que identifica el historiar con la elaboración y formulación de un discurso, entendiendo por tal el resultado de una práctica —teórica— cuya finalidad es la de articular *expresivamente* un todo de sentido. En lo que concierne al saber histórico, un discurso construido mediante modelos que, prescindiendo de sus referencias factuales, manifiestan el sentido que acompaña al devenir de una totalidad continua y homogénea, sujeta por tanto a los principios de causalidad y de ley general³. Desde este punto de vista, el más leve trazo o marca de esa totalidad: un dato, una noticia, recogido por el historiador siempre de forma casual (al fin y al cabo es el recuerdo de algo verdaderamente ausente), se convierte en fragmento de una realidad: el pasado, cuyos hechos, si bien son analíticamente disociables, no lo son en cambio como unidades sustanciales del todo. Aún en su insignificancia, también esos trazos participan y manifiestan el sentido oculto de lo histórico. Como oportunamente ha sugerido Derrida, el más radical y preciso de los filósofos de la «deconstrucción», aquí la historia, y con ella el acontecimiento, acaban por perder el inestimable valor de su *diferencia*⁴.

2. La polémica de Levi-Strauss con la historia no se ha entendido en sus justos términos. El propio Levi-Strauss ha indicado una y otra vez que el conflicto estructura/historia, sincronía/diacronía, se resuelve en el mismo instante en que la historia define su positividad y renuncia a toda escatología. LEVI-STRAUSS, C.: «El Pensamiento salvaje» Méjico, 1984, y del mismo autor «Antropología estructural», Buenos Aires 1976.

3. La idea de una historia sujeta en su devenir a leyes regulares suele ir acompañada de un concepto «monumental» de la ciencia histórica. Un magnífico exponente de ese concepto es la obra de Topolski, que Fontana califica de simple «escolasticismo verbal». TOPOLSKI, J.: «Metodología de la historia», Madrid 1982. Las grandes síntesis clásicas responden al mismo esquema; ver TOYNBEE, A.: «Estudio de la historia», Buenos Aires 1951.

4. El ataque a la historia no es un fenómeno accidental o espontáneo, sino que tiene una larga genealogía dentro del pensamiento francés. Pero cuando verdaderamente adquiere sus tintes más radicales es con los autores incluidos dentro de una corriente que, a su pesar, es heredera de lo mejor del estructuralismo: Foucault, Deleuze, Derrida, entre otros. A nuestro juicio, tras la visceralidad de la «deconstrucción», que va mucho más allá de la crítica «técnica» de Levi-Strauss, y que parece abocada al nihilismo (Derrida) o a un vitalismo de cuño bergsonian (Deleuze), se esconde el último y quizá más ambicioso proyecto del racionalismo francés (Foucault). Para seguir la trama de esa «deconstrucción», véase FOUCAULT, M.: «Las palabras y las cosas», Barcelona 1984; DERRIDA, J.: «Posiciones», Valencia, 1977; del mismo autor «De la Grammatologie», París, 1967; y DELEUZE, G.: «Différence et répétition», París 1968.

En estas circunstancias no es extraño que el trabajo del historiador esté perfectamente delineado, vale decir *sobredeterminado* en cuanto práctica. El historiar consistiría en investigar —la cuestión del método es accidental, y también sobredeterminada— para descubrir la verdad de los «realia», o hechos recuperados por la memoria histórica como restos del pasado que, incluso en su discontinuidad dentro del ámbito de lo real, no pueden por menos de revelar el sentido de la totalidad en la que se inscriben. (Re)-tomado por un discurso que quiere reproducir y manifestar *fuera de sí* la verdad de lo diverso, a ese sentido, que en definitiva no es sino una idea abstracta al modo de la Razón hegeliana —o marxista—, se le atribuyen las propiedades ópticas de lo real. Es un «existente» sobreimpuesto a otros *existentes*, confundiendo así su entidad formal-abstracta con la entidad sustancial de lo real —en el caso de lo histórico también «existente en sentido débil». El discurso, pues, carece para el historiador del mínimo valor sintáctico. Porque no es la coherencia de la trama, del lenguaje y la figuración, lo que verdaderamente importa. En vez de la lógica del concepto, lo que está en juego es la proyección de un Significante —Hombre, Sociedad, Clase— sobre la totalidad expresiva de lo real. Es esto precisamente lo que se oculta tras el mito de la objetividad y univocidad del conocimiento histórico. He ahí, también, la causa de que la historia siempre haya sido pensada como conocimiento de *Un* todo: historia del Hombre, historia de la Sociedad, historia de la Civilización y, por qué no, historia de la Lucha de Clases.

Como cabía prever, este modo de hacer la historia es inevitablemente tautológico. O al menos lo pretende. Sin embargo, lo es sólo desde el «imperialismo» de sus propios valores: verdad, legitimidad, cientificidad. El hecho es que, junto a él, hallamos *virtualmente* otros que no son menos legítimos, aunque sí menos ambiciosos. Probablemente sea éste el motivo de que midan con mayor exactitud el potencial de sus «fuerzas productivas teóricas». Lo cual es la primera condición para poder hablar de un saber positivo.

En el extremo opuesto de la línea que lleva del modo actualmente dominante a otros más flexibles de hacer/producir la historia, se sitúa el relato⁵. Forma primigenia del historiar, aún en su marginalidad conserva hoy los rasgos esenciales del saber histórico. Frente a modos que se han empeñado en maximizar su *eficacia ideológica*, el relato ha optado por mantener su *eficacia comunicativa*. Diríamos que, de alguna manera, responde casi afectivamente a la curiosidad como incitación originaria del conocimiento histórico. Originaria y natural, en efecto, porque ¿qué historiador no ha comenzado su andadura motivado por una curiosidad hacia lo que hay de anecdótico y novelesco en la pura fabulación del pasado? ¿No habría, quizá, que dar la razón a Bloch, indudablemente convencido del carácter científico de su disciplina, cuando hablaba de los lectores de Dumas como de «historiadores en potencia»?

Pese a sus connotaciones afectivas, que hacen del relato el medio de interlocución más ameno y eficaz de todos aquellos con que cuenta el historiador (algo que deberían recordar quienes se ocupan de la enseñanza de la historia), éste no ha podido evitar su extrañamiento en la esfera del saber histórico. Imputándosele la falta de base teórica y de una correcta metodología, entendiendo por tales un conjunto estructurado de recursos analíticos y expositivos, el historiador desde la crisis de la vieja historiografía positivista ha considerado que la narración es incapaz de satisfacer las exigencias «científicas» del conocimiento histórico. Prueba evidente de esa carencia sería el que, aun sin renunciar al principio de verdad: siempre se aspira a relatar todo aquello que efectivamente sucedió, el relato como tal ni siquiera pretende disimular las lagunas del *montaje*. Acepta el vacío originado por la dispersión real del acontecimiento, preocupándose únicamente de asegurar no su eficacia cinética, sino su eficacia comunicativa. No obstante, lo singular del hecho estriba en que la fabulación no despierta la mínima sensación de engaño. Y no lo hace, aún cuando tanto el comunicador como el oyente, respectivamente productor y receptor de imágenes —históricas—, sepan que la narración no ha sido debidamente contrastada, o bien oportunamente falseada. Como escenificación científicamente inmotivada de un pasado, el relato implica

5. Ha sido también en Francia donde se ha recuperado el relato como nuevo/antiguo modo de hacer la historia. El esfuerzo más sistemático en este sentido lo constituye la obra de RICOEUR; ver RICOEUR, P.: «La metáfora viva», Madrid 1980; también, «Temps et récit», París 1987.

necesariamente la conciencia de estar ante una construcción figurada. Por su lado, el narrador sabe que el acontecimiento en realidad se le escapa; en su diversidad y multiplicidad, es incapaz de ser a un tiempo depositario y portador de un sentido. Así pues, su valor histórico se reduce al de su posición significante dentro de la trama cursiva del relato. En la teoría valor de cambio, en la comunicación valor de uso.

En definitiva, frente al discurso como representación de una Totalidad convertida en Unidad Significante, el relato es 1.º) *polimorfo*; 2.º) *polisémico*. A diferencia de un discurso cuya unidad —de sentido— sobredetermina también la del método, el relato admite una amplia gama de procedimientos y recursos instrumentales. Modos de investigación, de narración o de exposición, pueden variar en función de su utilidad concreta —efecto de comunicación—, resultando aleatorios aunque nunca absurdos. Pero, a la vez, esa pluralidad supone una polisemia. Dado que el relato significa tan sólo aquello mediante lo que pretende producir un efecto determinado, efecto de comunicación en oposición a efecto de conocimiento, sin renunciar a su coherencia sintáctica tiene la facultad de producir una nueva significación, esto es un nuevo efecto de comunicación, procediendo a recombinar sus elementos o a cambiar su modo de exposición. ¿Quién duda, por ejemplo, que la «Chanson de Roland» podría ser *reescrita de otro modo* —¡producida!—, al igual que Dumas con su fabulación reescribió —¡produjo!— la historia de la Fronza y de la Francia del «Rey sol»?

Con todo, el relato no es el único modo por el que podamos optar alternativamente para producir conocimiento histórico⁶. Para nosotros tiene aquí un valor ejemplar, en tanto que por sus características encarna la antítesis del discurso histórico. Lo que no impide que a su lado se sitúen otros, que, en su concreción y particularidad, son igualmente eficaces. Algunos de ellos ya han sido perfilados en obras que no por casualidad han sido modélicas —también polémicas— dentro de la moderna historiografía. Ese sería el caso de los trabajos de Labrousse, Hamilton, Chaunu o Fogel, este último con su sugestivo montaje sobre los ferrocarriles americanos, como exponentes de un modo de hacer la historia desde la precisión de criterios numérico-cuantitativos; al contrario de lo que sostiene Fontana, verdaderamente obsesionado con sus prejuicios ideológicos, modo perfectamente legítimo en tanto es capaz de dar cuenta de su misma *eficacia estadística*⁷. Como también lo es (dado que el historiador no puede admitir la distinción entre «sociedades frías» y «sociedades calientes») la investigación antropológica de Levi-Strauss. Modo además particularmente notorio, no sólo por la novedad de sus instrumentos, sus recursos y su objeto, sino por la absoluta corrección con que despliega su propia *Eficacia simbólica*.

II. EL VALOR DE LO CONCRETO HISTÓRICO

Durante los últimos años la monografía se ha convertido en modelo habitual del trabajo historiográfico. Pese a ello, en la escala con que el historiador valora la «calidad» de sus producciones, la monografía ocupa aún un lugar secundario. Considerada un tipo de investigación apto

6. Es preciso insistir en que el relato es un modo específico y totalmente válido de hacer/producir la historia. En determinados casos llega incluso a alcanzar un grado de coherencia, por tanto de eficacia comunicativa o narrativa, difícil de igualar. Tal es lo ocurrido con un texto a partir del cual sabemos que el límite entre realidad y ficción, entre conocimiento y comunicación, es tan sólo un no-lugar. Véase ECO, U.: «El nombre de la rosa», Barcelona 1982.

7. Todos estos trabajos deben su importancia a que, prescindiendo de esquemas teóricos o metodológicos ya dados y de carácter general, han abordado el objeto de investigación desde la perspectiva de sus propios criterios estadísticos. Es por ello que su eficacia contrasta con el nulo valor de otros estudios que, dentro también del campo de la historia económica, han pretendido homologar y normalizar los instrumentos del análisis estadístico. Frente a la originalidad —valor de la diferencia— de una práctica concreta, la monótona compacidad de lo que no es sino el *mismo modo de hacer la historia*. Ver por un lado, LABROUSSE, E.: «Fluctuaciones económicas e historia social», Madrid 1973; FOGEL, R.: «Railroads and American Economic Growth», Baltimore, 1964; por otro, véase KULA, W.: «Problemas y métodos de la historia económica», Barcelona 1974.

sobre todo para jóvenes profesionales, se sitúa muy por detrás de lo que en términos generales llamaríamos «obra de síntesis». Es esta última, compendio en el que la globalización e interpretación sustituyen al análisis minucioso, la única que parece estar en condiciones de actuar como guía o paradigma del saber histórico.

Esta diferente valoración de la monografía en relación a la obra de síntesis, resulta sin embargo completamente artificial. Nace sin duda de los abusivos privilegios que se le han otorgado a un modo concreto de hacer/producir la historia. En efecto, si como ha venido ocurriendo se entiende el historiador como la producción de un discurso en el que lo histórico se articula como un todo sentido, el conocimiento del pasado sería impensable al margen de la obra de carácter general⁸. Así, la monografía no sería más que una forma de trabajo complementario, cuya variedad temática la convierte en un buen auxiliar del verdadero modo de producción de conocimiento histórico —conocimiento total, conocimiento de síntesis. Al arrojar luz mediante investigaciones detalladas sobre hechos y acontecimientos parciales, en estado bruto e inconexo desde el punto de vista de la totalidad, contribuye a demostrar la validez de una teoría general. Pero lo hace como mero recurso *ilustrativo*. Subordinada a las exigencias de la obra de síntesis, la monografía en el fondo carece de valor teórico. Lo cual es un hecho arbitrario, tanto más si tenemos en cuenta que la monografía es el modelo específico que debería adoptar el historiador en su práctica.

Actualmente la infravaloración de la monografía se comprueba por su bajo rendimiento teórico. A este respecto es verdaderamente sintomático que los estudios monográficos, aún en toda su abundancia y diversidad, hayan sido incapaces de aportar novedad alguna a la teoría o metodología de la historia. Si echamos un vistazo a las numerosas publicaciones que circulan restringidamente en medios especializados, podemos apreciar como repiten hasta la saciedad el mismo esquema analítico y expositivo. El agrupamiento o disposición de contenidos y conceptos se reproduce de forma invariable. Sirvan de ejemplo las monografías que últimamente proliferan en nuestro país sobre temas de historia medieval y moderna. En Líneas generales, su cuadro expositivo se reduce a 1.º) estructura económica-producción, rentas, precios, salarios, consumo, comercio, fiscalidad, etc.; 2.º) estructura social-grupos, clases, estamentos, composición, nivel de ingresos, estatus, etc.; 3.º) poder político, ejercicio, distribución social, instituciones, órganos administrativos, funciones, etc. Coincidencias que, por otra parte, no se limitan al orden y estructuración de los contenidos. Puede hablarse también del uso reiterado de una metodología estadística, derivada de una clara preferencia por los temas económicos.

Esta repetición, y por ende baja productividad del trabajo monográfico, tienen indudablemente un origen. Se trata de la «compulsión» que sobre el historiador ejercen, fundamentalmente por razones de prestigio, las teorías de carácter general. Los efectos de esa compulsión, que es particularmente intensa en historiadores noveles atraídos por la «compleja exhaustividad» de las explicaciones globales, han sido extremadamente negativos. Han impedido en gran parte toda innovación y, en lo que atañe a la monografía, han contribuido a subordinarla a los patrones y fórmulas desarrollados en las obras de síntesis. Frente a esta arbitraria mediatización, hoy es absolutamente prioritario, y no ya en beneficio de la cientificidad del saber histórico sino en aras de su misma supervivencia, dotar a la monografía de un verdadero estatuto teórico. Algo que supone una «democratización» —nivelación obra de síntesis/monografía—, cuya conveniencia está justificada tanto por motivos de oportunidad como por estrictas razones teóricas.

Entre las ventajas que ofrece la monografía está la de *dimensionar* adecuadamente el objeto de conocimiento. Puesto que lo histórico ya no puede ser pensado como una realidad continua y homogénea, gobernada en su devenir por leyes universales, la pretensión de explicarlo como tota-

8. Dentro de la historiografía española un ejemplo paradójico del dsdoblamiento artificial obra de síntesis /monografíaa lo encontramos en la figura de SÁNCHEZ ALBORNOZ. Frente al indudable mérito de algunas de sus «obras menores», monografías que han hecho escuela, destaca el nulo valor de sus nociones mitológicas sobre el pasado hispano, desarrolladas precisamente en sus «obras de síntesis». SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: «España, un enigma histórico», Buenos Aires 1962.

lidad resulta un contrasentido. Desecho por la misma fuerza de las cosas el nexo causal y teleológico —llámesse Razón, Progreso o Dialéctica—, que supuestamente regía el curso real de lo histórico, según Weber intuyó con su habitual lucidez una «realidad infinita y diversa», el acontecimiento ha recuperado por fin el valor de su diferencia⁹. Dentro de esta nueva coyuntura teórica la monografía, como estudio fragmentario que versa sobre un objeto parcial e individualizado: tema concreto para una investigación también concreta, es el modo de trabajo que mejor se adapta al conocimiento de esta *otra* realidad histórica: parcelaria, dispersa, diversa. Digamos que la dimensiona en su justa extensión e intensidad.

Pero, por otro lado, la monografía tiene igualmente la propiedad de responder a las exigencias que plantea una práctica —teórica— forzada a adecuarse a las nuevas condiciones de su objeto. Si la historia no trata ya de apropiarse una realidad que «habría existido en sentido fuerte», sobredeterminada precisamente en su materialidad por una regularidad trascendente, el historiador no puede ya basar su práctica en la explicación nomológica. Tal como define Levi-Strauss la ciencia de los mitos, el suyo también es un saber «anaclástico», esto es un «estudio tanto de los rayos reflejados como refractados», que en su caso equivaldría a la construcción de los difusos perfiles —refractados y no reflejados con que nos llegan las imágenes de la historia. Como indica asimismo Levi-Strauss en «La Pensée...», refiriéndose a la similitud del mecanismo operatorio del pensamiento mítico y del científico, el historiador ha dejado de ser el «ingeniero» de grandes proyectos (por ejemplo al estilo de Spengler en su «Decadencia de Occidente») para convertirse en simple «bricoleur». Más que concluir grandes síntesis, su práctica consiste ahora en recoger materiales fragmentarios: datos, noticias, recuerdos, con los que realizar un montaje teórico. Montaje ocasional en vez de obra acabada. Ni que decir tiene que ese trabajo implica una labor experimental, en la que es preciso recomponer, combinar, desplazar y ajustar los fugaces trazos de lo histórico, con el fin de estructurar el objeto de conocimiento¹⁰. Sin duda alguna, proponemos de ahora en adelante al arqueólogo como paradigma *científico* del historiador. En definitiva, es en este contexto de una nueva práctica y de un nuevo modo de conocimiento —histórico—, donde el estudio monográfico, por lo restringido de sus temas e incluso por la insignificancia de sus materiales, se convierte en el «tipo ideal» de esa práctica. Por una parte, excluye cualquier proyecto de síntesis y generalización; por otra, dadas sus evidentes «imitaciones», obliga al historiador a poner en juego todos sus recursos, experiencias y habilidades adquiridas, si quiere sacar un aceptable rendimiento de sus pobres materiales.

Haciendo balance, tampoco puede olvidarse en el sumario de las cualidades de la monografía la libertad que ésta facilita al historiador en su trabajo. Dejando a un lado las exigencias científicas que los principios de regularidad y normatividad imponían a toda obra de síntesis, con la monografía los resultados de la investigación histórica no se validan en función de la correspondencia, por lo demás siempre arbitraria, entre conclusiones particulares y enunciados generales. La corrección de la práctica: investigación, montaje y producción de un objeto de conocimiento, depende de la precisión con que específicamente hayan sido aplicados sus propios criterios demostrativos. En cierta manera, podríamos decir que depende tan sólo de la «perfección» del montaje (¿no es esto lo que ocurre con la práctica y la reconstrucción arqueológica?). Liberado de la servidumbre que tradicionalmente le han impuesto las grandes cosmologías de la historia (y pienso aquí en los verdaderos malabarismos a que se ven obligados los historiadores soviéticos en su deseo de respetar las consignas «científicas» del materialismo histórico), el trabajo del historiador ve potenciados sus recursos o «fuerzas productivas teóricas». Lo cual, sin caer en el error de una concepción espontaneísta de la práctica teórica, es indudablemente positivo. En el caso de la

9. La historiografía francesa parece orientarse actualmente en esa dirección. En un esfuerzo por recuperar «la histoire événementielle», ha tomado de nuevo lo anecdótico y lo cotidiano como objeto de la investigación histórica. ARIES, P.H. y DUBY, G.: «H.^a de la vida privada. Del Imperio romano al año 1000», Madrid 1987.

10. El modelo de trabajo científico propuesto por Levi-Strauss, obviando la falsa contradicción entre etnología e historia, puede ser utilizado por el historiador en la especificidad de su práctica. Siempre y cuando, claro está, éste se avenga a aceptar que su objeto puede y debe coincidir con el del antropólogo. LEVI-STRAUSS, C.: «Antropología estructural» *op. cit.*, y «Mitológicas I, Lo crudo y lo cocido, Obertura», Méjico 1982.

monografía, es precisamente la concreción del objeto, la singularidad de los datos y los estrechos límites del campo de investigación, lo que permite una considerable libertad a la hora de experimentar y producir un objeto de conocimiento. Por todo ello, la monografía aparece de nuevo como el modelo de trabajo idóneo para recuperar la positividad del conocimiento histórico. Porque equivale a un trabajo concreto que, por su misma parcialidad, no está en condiciones de dictar criterios uniformes, introduce una buena dosis de improvisación en un quehacer sujeto hasta ahora a un excesivo dirigismo —¿científico?— En oposición al nulo rendimiento de fórmulas y esquemas estereotipados, esta improvisación aumenta sin duda la eficacia del trabajo teórico. Pero además, dado su carácter de *ensayo*, ensayo en el sentido de que el estudio de lo particular tiene siempre esa dimensión: experiencia, práctica manual, el trabajo monográfico es en cualquier caso un proyecto abierto. Como tal, puede abrir en un momento dado nuevas vías para la experimentación y la producción teóricas. ¿Quién ignora el papel que han jugado ciertas monografías, aún lastradas inconscientemente por el peso de la «totalidad» histórica, en la formación de verdaderas escuelas y corrientes historiográficas? En nuestro país, no es otro el caso de obras como «Cataluña en la España Moderna» de Vilar, «Los conflictos sociales...» de Valdeón, los trabajos de Barbero y Vigil en historia Antigua o, por último, el clásico estudio de Nadal sobre la industrialización en España.

Para finalizar, esa más que virtual eficacia de la monografía queda demostrada por lo que puede contribuir a un urgente proceso de pacificación dentro del saber histórico. Salvo desde posiciones dogmáticas asumidas en virtud de un imperativo ideológico, resulta evidente que nuestra disciplina ha atravesado en los últimos tiempos por trances particularmente difíciles. Sometida a las presiones de una estrategia política la historia ha estado a punto de consumir su propio suicidio teórico. Ciertamente un Chesnaux está perfectamente legitimado para afirmar, en contra de una historia cientista y académica, que es necesario «integrar así el saber histórico a la práctica socialista, en función de las exigencias concretas planteadas por las luchas populares». Pero, dado que al fin y al cabo no hay dialéctica sin praxis, los que exigen semejante esfuerzo de comprensión a un saber sin duda limitado, debieran al menos demostrar la eficacia de su movimiento. Sin embargo, como ha confirmado el curso de los acontecimientos: la desestalinización, el 68, la crisis y descomposición de la izquierda europea, las discusiones en torno a la teoría y el método de la historia, encaminadas a adaptarla a esa praxis política, han sido totalmente gratuitas. Si lo que se pretendía era ilustrar el advenimiento del socialismo mediante una teoría general de la transición, propósito que estuvo en el origen de una polémica aún por resolver, el fracaso ha sido verdaderamente estrepitoso. Esas interminables controversias, en vez de un síntoma de renovación (va siendo hora de desechar el concepto dialéctico de progreso en la historia de las ciencias), no han hecho más que acelerar la previsible descomposición del saber histórico. De la estrecha pero sólida positividad de la tan denostada historia factual, hemos pasado a la total bancarrota ideológica. Profecías aparte, las discusiones, controversias y diletancias tan propias de la historiografía de última hora, no son sino prueba de una crisis en la que se ha diluido toda la positividad del conocimiento histórico.

También aquí la monografía puede ser un eficaz instrumento de ayuda. Si se acepta como modelo de trabajo e investigación, con lo que ello supone de asumir el valor de lo concreto y su diferencia; diversidad, riqueza y versatilidad del acontecimiento, el historiar como práctica recobra su propio sentido. Lejos del maximalismo que rezuman las obras de síntesis, producir la historia a partir de trabajos concretos, esto es monográficos, implica una cura de humildad. Porque al aceptar el valor de lo otro: otra explicación, otro montaje, otra interpretación, otro comentario, se acepta también, y no precisamente al modo sartreano, el valor del otro. Sería ésta quizá la manera de renunciar a las burdas descalificaciones: ideólogo burgués, cientista, positivista, idealista, etc., que tan poco han ayudado a resolver los problemas de esta disciplina. Reconocimiento que sin duda no es incondicional. Muchas de las mediocridades que «circulan» hoy por nuestros medios académicos, arropados concretamente por la cientificidad consagrada de una teoría o un método, quedarían en evidencia tan pronto como sometiéramos sus producciones a la prueba de su coherencia interna. ¿Cuántos historiadores marxistas repentinamente interesados por la histo-

ria social, han elaborado teóricamente los conceptos concretos (Marx al menos lo hizo no en *El Capital*, sino en «El 18 de Brumario» y «La Guerra Civil en Francia») de clase, lucha de clases, ideología, etc.?

Pero, aún sin ser incondicional, y por ello en cierto modo, ese reconocimiento es un primer paso para construir un saber positivo, delimitando su campo de actuación y excluyendo simultáneamente la intromisión de otras prácticas, por ejemplo la política, legítimas cuando son eficaces en sus propios campos, pero extrañas a una determinada práctica de conocimiento¹¹. Sería acaso la forma de que nuestro bricoleur/historiador, asumiendo la especificidad de su trabajo, no ya opcional sino necesariamente monográfico, comenzase a poner orden en su misma casa, recolocando un mobiliario más bien destartado e instalando una decoración más acorde con estos tiempos de crisis.

11. Una prueba de la práctica política que genera actualmente en nuestra Universidad la legitimación científica de la historia, de la que se extraen operadores ideológicos del tipo de los de «democratización», «autonomía», «progresismo», «participación», la constituyen los casos de los «forzosamente» eméritos profesores Lledó y Cencillo.

INDICE

HISTORIA MODERNA (Continuación)

COMUNICACIONES

| | |
|--|-----|
| MARGARITA TORREMOCHA HERNÁNDEZ: <i>Zamoranos en la Universidad de Valladolid durante el siglo XVIII</i> | 11 |
| OFELIA REY CASTELAO: <i>El Voto de Santiago en tierras de Zamora: Regímenes contributivos y evolución de las series</i> | 21 |
| ALFREDO PRIETO ALTAMIRA: <i>La propiedad comunal en la Comarca de Sayago en el siglo XVIII. Algunos aspectos</i> | 47 |
| M. ^a ELISA GONZÁLEZ-MORO ZINCKE: <i>La organización del espacio en la zamorana Tierra de Alba a mediados del siglo XVIII</i> | 57 |
| JOSÉ ANDRÉS CASQUERO FERNÁNDEZ: <i>La educación popular en la ciudad de Zamora mediado el siglo XVIII: sistema educativo</i> | 65 |
| ANTONIO MAYA FRADES: <i>La organización espacial en las campiñas al sur del Duero: La Comarca de la Guareña a mediados del siglo XVIII</i> | 75 |
| FRANCISCO J. CARRIÓN DE ISCAR y MÁXIMO GARCÍA FERNÁNDEZ: <i>Estructura de la cabaña ganadera zamorana a mediados del siglo XVIII</i> | 91 |
| MÁXIMO GARCÍA FERNÁNDEZ y FRANCISCO J. CARRIÓN DE ISCAR: <i>Composición del producto agrario y distribución del excedente en la antigua provincia de Zamora, a través del catastro de Ensenada</i> | 111 |
| ADELA GIL CRESPO: <i>Algunas notas sobre la estructura agraria de la provincia de Zamora en el siglo XVIII</i> | 141 |
| EDUARDO VELASCO MERINO: <i>La evolución demográfica de los arrabales de la ciudad de Zamora durante la 2.^a mitad del s. XVIII</i> | 159 |
| M. ^a NIEVES RUPÉREZ ALMAJANO: <i>Aspectos del urbanismo zamorano en el siglo XVIII. La junta de policía</i> | 175 |
| ANASTARIO ROJO y JUAN RIERA: <i>La Academia de Matemáticas de Zamora (1789-1803)</i> | 195 |
| | 595 |

CONTEMPORANEA

PONENCIAS

- M.^a DOLORES GÓMEZ MOLLEDA y M. SAMANIEGO BONEU: *La Institución Libre de Enseñanza, una obra de reforma educativa y social. Su proyección en Zamora* 205
- MIGUEL-ÁNGEL MATEOS RODRÍGUEZ: *Las relaciones de poder en la sociedad zamorana durante el primer tercio del siglo XX* 237
- BASILIO CALDERÓN CALDERÓN: *La deficiente infraestructura de transportes: Uno de los factores condicionantes del desarrollo y marginación de la provincia de Zamora en el siglo XIX* 251
- M.^a ROSARIO PRIETO GARCÍA: *En torno a las medidas desamortizadoras del trienio liberal (1820-1823): Las repercusiones religiosas en los conventos de regulares de la provincia de Zamora* 263
- A. CARLOS MERCHÁN FERNÁNDEZ: *Gobierno municipal de Zamora en el tránsito al Régimen Constitucional, 1790-1820* 309
- JOSÉ GIRÓN: *Notas para una historia del republicanismo zamorano durante la Restauración*..... 341
- MARIANO ESTEBAN DE VEGA: *Sociedad y empresa periodística en Zamora durante la Restauración (1875-1898)* 359

COMUNICACIONES

- JOSEFA DE LA FUENTE MANGAS y LUIS ANTONIO TORIJA MILLÁN: *Juan Nicasio Gallego en las Cortes de Cádiz* 369
- MARÍA DEL PILAR FIDALGO VÁZQUEZ y PABLO MARTÍN BOBILLO: *Creación de la Provincia de Zamora* 381
- JOSÉ RAMÓN DÍEZ ESPINOSA: *Cambios y permanencias en la estructura de la propiedad. La desamortización en Zamora. Enajenación eclesiástica y pervivencias municipales* 397
- M.^a ISABEL MATILLA GAMAZO: *La redención de bienes eclesiásticos en tierras de Toro ...* 407
- ALFREDO PRIETO ALTAMIRA: *La Enajenación de terrenos de Propios durante la Desamortización de Madoz en la Provincia de Zamora* 413
- JUAN FRANCISCO FERNÁNDEZ VECILLA: *Riqueza y pobreza en la ciudad de Zamora a mediados del siglo XIX (Una aproximación a través de la «Contribución de Inmuebles de 1845)»* 423
- RAFAEL SERRANO GARCÍA: *El Ayuntamiento de Zamora y la Revolución de 1868* 435
- JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DÍAZ: *Juicio al Maestro de Zamora en la Universidad. Siglo XIX* 443
- LUIS P. MARTÍN: *La francmasonería en Zamora en el siglo XIX* 453
- CRISTÓBAL ROBLES MUÑOZ: *La diócesis de Zamora en la Restauración (1875-1902)* . 463
- LEONCIO VEGA GIL: *Regeneracionismo y Educación. La aportación de Santiago Alba ...* 479
- J. M. BURRIEZA MATEOS: *Aproximación a la historia del periodismo zamorano: 1896-1936* 485
- JUAN CARLOS DE LA MATA GUERRA: *Publicaciones periódicas de Benavente (Siglos XIX y XX)* 507
- RAMÓN CASTERÁS ARCHIDONA: *Campesinos castellanos, Institución Libre de Enseñanza y filantropía liberal. La Fundación «Sierra Pambley» y la escuela de Morerueta de Tábara (1897-1936). Apuntes para una historia oral* 527

| | |
|---|-----|
| M. ^a PAZ CORREDERA GARCÍA y JOSEFINA CUESTA BUSTILLO: <i>Historia de la acción social en Zamora en el primer tercio del siglo XX</i> | 531 |
| BENIGNO GARRIDO MARCOS: <i>Revolta anti-fiscal en Fermoselle (1901-1902)</i> | 553 |
| SEGISMUNDO GARCÍA HERNÁNDEZ: <i>Huelga en los Saltos del Duero. ¿Un conflicto político?</i> | 559 |
| GEMA IGLESIAS RODRÍGUEZ: <i>La prensa zamorana ante el inicio de la Guerra Civil (Primer Congreso de Historia de Zamora)</i> | 567 |
| JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ: <i>Zamoranos en las milicias republicanas. El batallón «Andrés y Manso»</i> | 579 |
| CARLOS DOMÍNGUEZ HERRERO: <i>Valor de la monografía</i> | 587 |

ACTAS

ACTAS

ACTAS

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
"FLORIAN DE OCAMPO"
CSIC
DIPUTACION DE ZAMORA